



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE
ROSARIO FACULTAD DE PSICOLOGÍA**

Trabajo Integrador final

El duelo ante la ausencia de un cuerpo

Modalidad de Presentación: Ensayo

Autor/a: Cocchini, Paula

Legajo: C-5535/2

Docente o Graduado/a Responsable: Vitantonio,

Mauro 2021

AGRADECIMIENTOS

Con este ensayo culmina un camino plagado de esfuerzos y sacrificios. Esfuerzos y

sacrificios que permitieron dar lugar a muchas ganancias. No podría no agradecer a todos los otros que me acompañaron en este difícil y a la vez hermoso proceso. Quisiera agradecer:

A Mauro Vitantonio, por su tiempo, acompañamiento, disposición y gran transmisión durante la elaboración de este ensayo; y a Javier Del Ponte, por sus correcciones, intercambios y aportes, que hicieron tomar forma a un pensamiento.

A mi familia, por hacer que todo esto fuera posible. Brindándome la oportunidad y privilegio enorme de estudiar, de elegir lo que me gustaba. Por su constante apoyo y confianza. Y por estar presentes de cerca, aun estando lejos. Una mención especial es para mi abuela y sus rituales de prender velitas, que me transmitieron tranquilidad en cada uno de los exámenes.

A mi familia “adoptiva” Reschia, por recibirme en sus vidas y estar presentes en cada detalle desde que llegué a Rosario. Por el amor y el cariño de siempre. A mis primas y primos que fueron un gran sostén en los primeros años, los más difíciles. Gracias por alojarme.

A mis concubinas y amigxs que fueron apareciendo durante el trayecto, por integrarme y brindarme la compañía, distracciones, risas necesarias. Por hacerme participe de sus múltiples juntadas y planes.

A mis amigxs de toda la vida, Daniela y mi querida gente hermoसेña, los cuales me transmitieron sus buenas energías y deseos en cada una de las despedidas y durante todos los momentos del año.

A mi “clan” facultativo, Lucia, Agustina y Giuliana, por acompañarme desde el primer año, en cada paso, en cada rendida/estudio y en todas las situaciones de la vida. Por compartir tanto los momentos alegres y tristes. Por abrirme las puertas de su hogar y hacerme sentir parte de su familia. Agradezco enormemente haberlas conocido y llegar a formar parte de sus lazos más cercanos y fuertes. Gran parte de estos años se los debo.

Por último, a la Universidad pública, a la facultad de Psicología y todxs los docentes que transmitieron las bases de un saber-hacer y una formación humana. Como también a los compañerxs y excelentes personas que fui conociendo en las cursadas. A todxs gracias nuevamente, por el cariño y el tiempo compartido.

• Introducción.....	4 •
Desarrollo	
□ Acerca del duelo.....	5 □ La
ausencia de cuerpo y ritos. Habitando la incertidumbre.....	13 •
Conclusión.....	18 •
Bibliografía.....	20

INTRODUCCIÓN

Los delitos de lesa humanidad han dejado una fuerte impronta sobre la historia de las sociedades occidentales. Gobiernos totalitarios han producido crímenes perfectos en el sentido de no dejar rastros, borrando la condición humanizante de todos aquellos que fueron en contra de sus ideales. De esta manera, inauguraron la categoría masiva de *desaparecidos* y se sirvieron de múltiples dispositivos para desvanecer y borrar los vestigios de sus acontecimientos atroces.

El presente ensayo exhibe como tema de interés *el genocidio y las desapariciones que acontecieron tras su ejecución*, y más específicamente en *el duelo ante la ausencia de un cuerpo*, ante la falta de certezas de una muerte consumada. En otras palabras, se cuestionará, desde un abordaje psicoanalítico, lo que implica llevar a cabo un proceso de duelo junto al estatuto de desaparecidos (y su supuesta imposibilidad), teniendo en cuenta que nuestra cultura se rige por distintos tipos de rituales o ceremoniales para dar lugar a la inscripción simbólica de la muerte.

De este modo, en un primer momento, en relación al duelo se establecerá un recorrido por las tensiones entre las teorizaciones de Sigmund Freud y Jacques Lacan. Señalando sus distinciones y su implicación a nivel subjetivo. Lo cual resulta fundamental para luego analizar el proceso particular que se desarrolla bajo la categoría de *desaparecidos*, en alusión a personas que fueron víctimas de prácticas genocidas. Dejando como consecuencia la no localización de sus cuerpos físicos, sembrando en el imaginario de familiares y amigos la incertidumbre y la posibilidad de vida/muerte conviviendo al mismo tiempo.

En este sentido es que se abre la pregunta con respecto a la posibilidad de inicio de un proceso de duelo, en tanto que lo que se considera como punto de partida habilitante, los ceremoniales o las ritualizaciones propias de una cultura, presentan dificultades para realizarse de la manera convencional. A saber, como lo plantea Freud en *Tótem y Tabú*, los ritos funerarios fueron creados en la cultura para permitir elaborar los sentimientos de amor y hostilidad dirigidos hacia la persona fallecida, con el objetivo de alivianar la culpa y los remordimientos presentados al momento de despedirse. Es decir, su importancia radica en acompañar la elaboración de una pérdida y hacer soportable la muerte, la cual es irrepresentable a nivel psíquico. En palabras de Lacan, los ritos están destinados a satisfacer la memoria del muerto.

Por tanto, a partir de lo señalado anteriormente, se interrogará ¿Qué dificultades se presentan ante la ausencia de ritualizaciones? ¿Es condición imprescindible la presencia de un cuerpo para el desarrollo de un rito?

En conjunto con esto, se planteará la interpelación acerca de las modalidades de las que se sirven los sujetos para “suplir” esta carencia de soporte simbólico que da el ceremonial funerario.

Sintetizando... ¿Es posible realizar un duelo sin la presencia del cuerpo? ¿Qué vicisitudes pueden presentarse ante la ausencia y falta de evidencia física? Estas preguntas habilitan también a cuestionarse ¿Qué es un cuerpo? y ¿Cómo considerar su estatuto?

Categorías conceptuales que guiarán el desarrollo: desaparición, duelo, ceremonial, cuerpo.

ACERCA DEL DUELO

*Nadie pierde (repites vanamente) sino lo que no tiene y no ha tenido nunca,
pero no basta ser valiente para aprender el arte del olvido.
Un símbolo, una rosa, te desgarras y te puede matar una guitarra.*
Jorge Luis Borges, 1964

Partiendo de su etimología, la palabra duelo proviene del latín *dolus* que significa dolor. El sufrimiento, la pena, son sentimientos mencionados y vivenciados frecuentemente en quienes se encuentran de duelo ante una pérdida significativa. Es el entorno afectivo el que se dispone a acompañar y apaciguar la manifestación de ese carácter doliente. No obstante ¿Qué implica atravesar un duelo? ¿Cómo es conceptualizado desde el psicoanálisis? Éstos son los interrogantes disparadores del presente capítulo. El cual resulta imprescindible para ir analizando las posibles variaciones ante la desaparición del cuerpo.

Primeramente, cabe situar los desarrollos de **Sigmund Freud**, quien en el año 1915 produce dos escritos que hacen mención al tema que nos atañe. El primero de ellos es *La transitoriedad (1916[1915])*, donde realiza un análisis en torno a lo bello y la pérdida. Dicho análisis acontece a partir de un paseo que comparte con dos amigos, que mantienen una actitud de menosprecio hacia el valor de la belleza de las cosas, por encontrarse destinadas a prescribir. El autor manifiesta su desacuerdo ante la desvalorización, sosteniendo que es el mismo hecho de estar condenados a desaparecer, a ser precisamente inestables en el tiempo, lo que otorga mayor estima a los distintos sucesos. De esta manera aclara que

es imposible que todas esas excelencias de la naturaleza y del arte, el mundo de nuestras sensaciones y el mundo exterior, estén destinados a perderse realmente en la nada (...) Tienen que poder perdurar de alguna manera, sustraerse de todas las influencias destructoras (Freud, 1984, a, p. 309).

La aclaración anterior permite pensar que el acontecer de una pérdida no implica necesariamente su completa desaparición en la nada. La apreciación de los momentos agradables se conservan en los recuerdos y en las experiencias ganadas, es precisamente esto lo que posibilita el existir aun a sabiendas del destino perecedero o finito de la vida. En este sentido es que Freud conjetura que en esa actitud de sus acompañantes se podría manifestar la sofocación de un duelo no resuelto. Esto último imprime como consecuencias no poder disfrutar de lo bello por pensar de antemano en la característica de lo efímero. Con respecto a lo anterior, la conceptualización del duelo que plasma en este escrito se desarrolla partiendo de las investiduras libidinales que realiza el yo. En un primer momento, la libido se encuentra ensimismada en el yo siendo destinada posteriormente a objetos que le ocasionen satisfacción. Freud establecerá que cuando dichos objetos son destruidos o perdidos, sobreviene la tarea de renunciar a ellos para volver a contar con libido que será empleada en otros enlaces sustitutivos. Y agrega que resulta enigmática la renuencia que se

ejerce ante el mandato de abandonarlos por otros, como también presenta incertidumbre el carácter doloroso. Lo que se establece acerca del duelo es que

por doloroso que pueda ser, expira de manera espontánea. Cuando acaba de renunciar a todo lo perdido, se ha devorado también a sí mismo, y entonces nuestra libido queda de nuevo libre para, si todavía somos jóvenes y capaces de vida, sustituirnos los objetos perdidos por otros nuevos que sean, en lo posible, tanto o más apreciables (Freud, 1984, a, p. 311).

5

En resumen, esta primera aproximación afirmarí que un duelo culmina de manera automática; es decir, prescindiendo de la voluntad de la persona. A su vez, la finalización coincide con la disponibilidad de libido para investir objetos sustitutos, que pueden incluso presentar características más gratas que el anterior.

Estos primeros desarrollos van a tener su continuidad en *Duelo y melancolía (1917[1915])*, donde se especifica con más profundidad *en qué consiste el duelo*, introduciendo como novedoso la noción de *trabajo*. El objetivo de Freud era abordar la melancolía a partir de establecer puntos de similitud y diferencia con el duelo. Este último era considerado como una afección normal y como una reacción frente a la pérdida, que acontece cuando el examen de la realidad da cuenta de que el objeto no existe más. Freud aclara que la pérdida puede tratarse tanto de un fallecimiento como también de algo abstracto, como una desilusión en torno a un ideal. A partir de allí se realiza el trabajo que consiste en cancelar los enlaces libidinales que unían al sujeto con ese objeto en particular, el cual se ejecuta pieza por pieza y conlleva cierto tiempo. El abandono no se da sin resistencias por parte del *yo*. El doliente durante el desarrollo del proceso pierde la capacidad de amar y trabajar; en otras palabras: no puede destinar su energía a nada que no tenga relación con el objeto perdido.

De esta forma, el duelo permite el desanudamiento necesario para permanecer con vida y no perderse junto al objeto. En otros términos, se realiza el desprendimiento tanto del objeto como de las representaciones que se tenían acerca del mismo. Estableciéndose la finalización del proceso cuando el *yo* vuelve a encontrarse desinhibido, dando lugar a un objeto sustituto, tal como estaba planteado en *La transitoriedad*.

Freud también señala desviaciones con respecto a esa respuesta esperable que sería un duelo. Especifica que pueden desencadenarse *duelos patológicos*, cuando no se puede iniciar o finalizar el trabajo del duelo. En estos casos, quien está de luto vivencia la pérdida acompañada de una constante actualidad y culpabilidad, independientemente del tiempo.

Otra posibilidad mencionada es la melancolía, la cual recibe la connotación de reacción enfermiza. El cuadro melancólico presenta como única característica clínica diferencial, un delirio de insignificancia: autoreproches. El autor plantea que el melancólico puede saber lo que perdió pero no lo que perdió con ello. Para explicar este desenlace, Freud infiere que lo que aconteció como pérdida no fue solo el objeto, sino también el *yo*, debido a un proceso de identificación con lo abandonado. Esto último fue posibilitado por una previa elección de objeto narcisista, que ante la ruptura del vínculo, hace que la libido en lugar de desplazarse hacia los objetos de la fantasía, regrese al *yo*. Lo que ocasiona como consecuencia que una parte del mismo se identifique a lo perdido y obtenga su correspondiente desaprobación.

De allí que Freud establezca la frase *la sombra del objeto cayó sobre el yo*, en tanto

el conflicto que existía primeramente entre el sujeto y aquello perdido, es trasladado hacia una bipartición dentro del mismo *yo*. Por un lado, se encuentra la conciencia moral quien ejecuta los reproches y, por el otro, la parte identificada a lo que se perdió. En correspondencia con lo último, se encuentran los dos posibles destinos que ubicaba el autor para la melancolía, que pueden situarse como avatares de la pérdida: el suicido (cuando el *yo* pretende dar muerte al objeto) y la manía (cuando el *yo* ejerce su triunfo sobre el mismo).

Siguiendo estos primeros lineamientos, podría conjeturarse que el duelo ante la ausencia de un cuerpo, no conseguiría concretarse. Puesto que Freud adjudica como central el papel del examen de la realidad. La misma funcionaría como veredicto y garante de que la muerte ha acontecido, de ahí que el siguiente paso sería empezar por desprenderse de lo que no está más e invertir nuevos objetos que sí se encontrarían disponibles.

En este sentido es que puede ubicarse la lectura que realiza Jean Allouch. Quien considera que la versión freudiana del duelo se presenta como una operación sin restos,

6

exacta. A lo largo del libro *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca (1995)*, manifiesta su crítica a *Duelo y melancolía* afirmando que el mismo se popularizó y transmitió entre los psicoanalistas como palabra sagrada acerca del duelo, aun careciendo de una problematización. En palabras del autor, Freud no abordaría lo suficiente al duelo como experiencia erótica. Y esta idea lo lleva a criticar tres rasgos de dicha explicación: el *examen de la realidad*, la noción de *trabajo de duelo* y el *objeto sustituto* como culminación.

Con respecto al primer carácter mencionado, planteará que no es la realidad quien anuncia de entrada la pérdida del objeto. El doliente al principio sigue vislumbrando en su quehacer diario rasgos de la persona que se ha ido. En otras palabras, la realidad no puede ofrecer una prueba de la pérdida, por el contrario, le otorga al objeto el estatuto de *desaparecido* que es diferente a la característica de inexistente, en tanto es factible de volver a aparecer. Es decir, la inexistencia del objeto no puede encontrarse de entrada, sino en un momento posterior, luego de la tramitación del duelo.

Al criticar este punto de la interpretación freudiana cae por sí sola la noción de *trabajo de duelo*. Si la realidad no puede concebir a la pérdida como irrefutable, no hay trabajo posible a realizarse. Asimismo, critica el hecho de que la noción se ha convertido en objeto de una prescripción, como si se tratara de una norma necesaria e imprescindible que toda persona debería realizar tras la muerte de un ser querido.

Por último, la cuestión del objeto sustituto nos lleva preguntarnos ¿Es posible sustituir una pérdida? ¿Reemplazar un objeto por otro? Es lo que Freud da a entender con sus afirmaciones acerca de que el duelo culmina cuando el *yo* se encuentra desinhibido y vuelve a invertir otros objetos. Por eso Allouch se interroga, si ante la pérdida de un padre, una madre, un amigo “¿voy a poder reemplazar ese objeto? ¿No se relaciona precisamente mi duelo con él en cuanto irremplazable?” (Allouch, 2011, p. 49). A saber, para el autor no hay sustitución posible porque cada pérdida adquiere una connotación diferente para el sujeto, el cual ofrece un sacrificio de una parte de sí para poder inscribirla. Las posteriores investiduras de objeto ocuparán, entonces, el lugar de este *a* perdido, objeto causa de deseo, pero no reemplazarán al anterior.

En relación al tema que nos concierne, la desaparición forzada, los aportes que realiza Allouch adquieren una gran importancia. En definitiva, lo que se establece es que en todo duelo, (independientemente de las características particulares que lo acompañen) la realidad resulta despojada de su papel de prueba. El autor verifica esta cuestión en la primera exclamación que realizan los deudos, al tener noticias acerca de la pérdida de un ser querido: *no es verdad*. El estado de shock al que se ingresa, pone en duda todas las

evidencias. Y aquel que murió seguirá estando por un prolongado tiempo en todos los espacios de la vida cotidiana, en los lugares que frecuentaba, junto a sus pertenencias.

De allí que el autor manifieste que alguien al morir adquiere el estatuto de *desaparecido*, siempre susceptible de regresar. Es esta susceptibilidad de regresar lo que se intensifica aún más cuando no se puede confirmar una muerte. Diversos testimonios anuncian la espera ininterrumpida que sobreviene luego de una desaparición. No se puede confirmar si el ser querido está vivo o está muerto, manteniéndose las esperanzas de verlo regresar. Los dolientes quedan sumergidos en la constante duda acerca de su paradero. La ausencia se hace cada vez más presente.

De esta manera, lo que Freud presenta en *Duelo y Melancolía* no contemplaría enteramente la posibilidad de realización de un duelo ante las condiciones mencionadas. Sin embargo, su concepción acerca del duelo no se agota en ese momento, puede situarse en 1923 otro escrito que amplifica sus ideas, *El yo y el ello* (1923). En él detalla que en la constitución del yo también participa el proceso de identificación, el cual señalaba como particular de la melancolía en 1915.

Es en *Psicología de las masas* (1921) donde va a definir a la identificación como “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (Freud, 1984, e, p.

7

99), siendo mediante dicho proceso que el sujeto asimila aspectos del otro, tomándolo como modelo.

Teniendo en cuenta lo anterior, el duelo podría entenderse como una operación estructurante del yo, en tanto lo que se aborda como fundamental es la cuestión de cómo el *ello* resigna los objetos de tempranas investiduras. Aquellos que le ocasionan satisfacción, pero no pueden ser aceptados por las barreras culturales/sociales. Dicha resignación se da a partir de que el yo se ofrece como reemplazo, asumiendo los rasgos de los objetos que tienen que ser desinvertidos. Freud escribirá que “esta trasposición de una elección erótica de objeto en una alteración del yo es, además, un camino que permite al yo dominar al *ello* y profundizar sus vínculos” (Freud, 1984, d, p.32).

A partir de la identificación, lo que se inscribe es la ausencia de los objetos primordiales, demarcando que las posteriores elecciones que se realicen contendrán los rasgos de aquellos objetos perdidos. De este modo se puede afirmar que cada pérdida remite a otras pérdidas, y es lo que Freud ya mencionaba en *La transitoriedad*, en relación a que nada estaba destinado a desaparecer para siempre. Todos los objetos que alguna vez constituyeron un lazo libidinal con el sujeto se conservan en el carácter del yo. En palabras del autor, este último se halla conformado por “una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones” (Freud, 1984, d, p.31).

En síntesis, se puede destacar que la concepción freudiana del duelo se desarrolla mediante un trabajo que consiste en desinvertir lazos libidinales de los recuerdos, vivencias, y todo lo que tenía una carga para el sujeto. Así, se pondrán en juego tanto las mociones de odio como de amor que lo unían a ese objeto, habilitando tras su cancelación, el establecimiento de nuevos enlaces. Más adelante agregará que en todo duelo se ejecuta una identificación basada en la introyección de un rasgo de lo perdido en el yo, condición que marcará su ausencia y posibilitará la pérdida.

En este sentido, frente a las desapariciones, podría plantearse que los familiares incorporaron rasgos de lo perdido vía identificación, lo cual les permitió constituir una identidad. En el nacimiento de las instituciones (Abuelas, Madres, Hijos) se manifiesta que hay algo de los lugares anteriores que se conserva, pero no en un sentido melancólico, de no poder abandonar dicho lugar. Por el contrario, se trata de la incorporación de un rasgo de

la persona amada que hace causa, que moviliza. Esto puede vislumbrarse en relación a que las Abuelas de Plaza de Mayo, no sólo están presentes en las luchas que conciernen a la desaparición de sus hijos e hijas, sino en todos los lugares donde se presenten injusticias y arrebatamiento de derechos. Es esa incorporación que se realiza mediante el duelo, lo que las habilita a reconstruir sus vidas y les otorga un nuevo estatuto.

A fin de cuentas, los aportes de Freud son útiles para pensar que la finalidad de todo duelo es inscribir la pérdida y separarse de ese objeto en particular, recuperando la movilidad libidinal. En otras palabras, resulta fundamental realizar dicho trabajo de deslibidinización para abandonar el lugar pasivo del dolor y continuar la vida.

Por otra parte, para profundizar estas primeras aproximaciones, se tomará como referencia los desarrollos impartidos por **Jacques Lacan**. Se pueden situar sus primeros lineamientos con respecto al duelo en el seminario *El deseo y su interpretación (1958-1959)*. En el mismo hace hincapié en una instancia previa a la noción de trabajo descrita por Freud. En dicho seminario, cuestionará el hecho de que la identificación con un objeto posibilite un desenlace y separación, afirmando que se ocasiona lo contrario, la conservación del vínculo con lo perdido. De esta manera, pondrá el foco de la cuestión en la constitución del objeto en cuanto tal. En otras palabras, se preguntará: ¿Cómo se constituyen los objetos a partir de los cuales se realiza un duelo? O como lo retoma David Nasio “¿Qué es ese objeto de amor cuya pérdida hace sufrir?”(Nasio, 1996, p.190). Siguiendo este objetivo, se centrará en introducir, fundamentalmente, la noción del duelo como una función.

8

Ante todo, es preciso señalar que Jacques Lacan conceptualizaba a la muerte como perteneciente al registro de lo Real, en tanto coincidía con Sigmund Freud respecto a su no representación. No obstante, ubicaba que los seres humanos por estar inmersos en el lenguaje podían acceder a una denominación, es decir, proclamar o pensar acerca de ella. Dicho de otro modo, es la falta de simbolización lo que inaugura la cadena significante, lo cual posibilita bordear lo irrepresentable. Asimismo establecerá que

la dimensión intolerable, en sentido estricto, que se presenta a la experiencia humana no es la experiencia de nuestra propia muerte, que nadie tiene, sino la de la muerte de otro, cuando es para nosotros un ser esencial. Semejante pérdida constituye una *Verwerfung*, un agujero, pero en lo real (...) ese agujero resulta mostrar el lugar donde se proyecta precisamente el significante faltante. (Lacan, 2014, p.371).

En efecto, se especificará que tras el acontecimiento de la pérdida de un objeto amado, el sujeto será remitido irremediablemente a la privación, a la castración estructural: **no hay un significante en el campo del Otro que pueda darme ser, no hay objeto que colme mi falta, el mismo es inhallable por estructura**. El hecho de que se encuentre perdido desde el inicio habilita la circulación de señuelos, objetos que vendrán a su lugar; de allí que se establezca una relación entre la función del duelo y el deseo.

En consonancia con lo anterior, podría establecerse que la función del duelo implicaría constituir el deseo y relanzar su movilidad ante cada pérdida. Siguiendo los desarrollos desplegados en el seminario VI, se puede plantear que para dar lugar a un sitio donde advengan diversos objetos como condición del deseo, tiene que realizarse primeramente un duelo por el falo, por esa posición inicial que el sujeto ocupa en relación al deseo del Otro. En definitiva, esto supone atravesar la castración propia y la del Otro, aceptar perder esa condición esencial de gran estima para el sujeto a cambio de preservarse

deseante, con la posibilidad de investir otros objetos. El objeto en la articulación fantasmática, que se sitúa como condición y soporte del deseo, da cuenta de la privación simbólica con respecto al falo. Lo cual, ante la pérdida de ese objeto que sostenía el deseo, sobrevendrá inexorablemente un quiebre en la invención fantasmática.

Años más tarde, a la altura del seminario X: *La angustia (1962-1963)*, Lacan establecerá que

Llevamos luto y experimentamos sus efectos de devaluación en la medida en que el objeto por el que hacemos el duelo era, sin nosotros saberlo, el que se había convertido en el soporte de nuestra castración. Cuando ésta nos retorna, nos vemos como lo que somos, en la medida en que nos vemos esencialmente devueltos a esa posición de castración.” (Lacan, 2006, p.125)

Esto da cuenta de que se realizaría un luto por la persona amada y a su vez por la pérdida inicial, la castración. Aquí expresada en términos de $-\phi$ (Correlato imaginario de la falta simbólica). El falo, aquello máspreciado por el sujeto, es proyectado sobre el objeto amado. Por ende, la pérdida de este último ocasiona inevitablemente la reintegración a la posición inicial de falta. En el mismo seminario, un poco más adelante, el autor especificará que

Sólo estamos de duelo por alguien de quien podemos decirnos Yo era su falta. Estamos de duelo por personas que hemos tratado bien o mal y respecto a quienes no sabíamos que cumplíamos la función de estar en el lugar de su falta. Lo que damos en el amor es esencialmente lo que no tenemos, y cuando lo que no tenemos nos vuelve hay, sin duda, regresión y

9

al mismo tiempo revelación de aquello en lo que faltamos a la persona para representar dicha falta. Pero aquí, debido al carácter irreductible del desconocimiento acerca de la falta, tal desconocimiento se invierte, o sea que la función que desempeñábamos de ser su falta ahora creemos poder traducirla como que hemos estado en falta con dicha persona –cuando precisamente por eso le éramos indispensables. (Lacan, 2006, p.155).

Es decir, también se está de duelo ante quienes considerábamos que éramos el soporte de su castración. E incluso, precisamente, es por no poder ocupar el lugar de ser la falta del otro, que el duelo comienza. De esta manera, uno siente que estaría en falta con el muerto. Es decir, cuando se pierde a un ser querido “hay una suerte de revelación retroactiva de un lugar que ignorábamos que ocupamos en la relación con nuestro propio deseo y el deseo del Otro.” (Nasio, 1996, p.195).

En este sentido, Jean Allouch explicará que se está de duelo por quien tras morir se lleva un *trozo de sí*, una parte propia que nos pertenecía y no por cualquier allegado. En otros términos, no todos los otros con quienes nos relacionamos ocupan ese lugar de objeto por el cual se ocasionaría, ante su desaparición, un duelo. Como se mencionó anteriormente, cada pérdida adquiere una connotación diferente para el sujeto.

Es por esto que en algunos casos las personas mismas se ven sorprendidas cuando no les impacta la muerte de algunos; mientras, en otros casos, se manifiesta un exceso de dolor. La pérdida de un objeto no puede ser inscripta como pérdida antes de que el mismo no sea amado como tal. A fin de cuentas, si hay amor... hay duelo, ingresamos a un duelo por el amor. De allí que se lo establezca como una erótica, en tanto se trata de una articulación y desarticulación entre amor y deseo. Por eso la sorpresa ante la falta de

afección, lo que es puesto en cuestión es el amor que se suponía por la persona que se ha ido.

Finalmente, retomando a Jean Allouch, el autor también marcará la diferencia existente entre la versión freudiana, considerada una operación exacta y la versión impartida por Lacan. Esta última no puede ser comparada al demostrar una serie de disparidades, puesto que

el estatuto simbólico que Lacan le otorga a la repetición tiene como consecuencia que no haya objeto sustitutivo, por la sencilla razón de que en la repetición la cuenta... cuenta; y por sí sola inscribe la esencial no sustitución del objeto (ya que por sostenido que sea el esfuerzo por hacer de un nuevo objeto un objeto de sustitución, quedará el hecho mismo de la sustitución como diferencia ineliminable: la segunda vez nunca será la primera). [Allouch, 2011, p.205].

A su vez, Allouch señalará la necesidad de elevar el estatuto del duelo a la **condición de acto** y no de trabajo, ya que entenderlo como una función imprime como consecuencias un carácter creador e instaurador de una posición subjetiva que hasta entonces no se presentaba.

Los planteamientos anteriores habilitan a pensar que la desaparición de los cuerpos no justificaría descartar la posibilidad de un duelo. En razón de que, lo que se encuentra en juego, es un cambio en la posición subjetiva. Vale decir, una modificación en la relación con el objeto.

En síntesis, para que pueda lograrse esa modificación, se aclara que primeramente tiene que perderse algo. Perder un trozo de sí. El cual contiene aspiraciones, expectativas, representaciones depositadas en el objeto.

Podría considerarse que el duelo que tiene que realizar cada familiar, se circunscribe a lo que ellos pierden con el desaparecido, y no a la ausencia de este último en sí. Tal como

10

se lo especificó con anterioridad, el falo, lo máspreciado por el sujeto, es proyectado sobre la imagen de quien no se encuentra más. Lo que queda es inscribir esa pérdida, con todas las complicaciones que conlleva, para no perderse con el objeto. Como lo hicieron las Abuelas, transformando el dolor en lucha.

A su vez, las complicaciones que pueden sobrevenir, tienen que ver con que no se haya dado la pérdida inicial. Como lo especifican los aportes de Lacan, cada pérdida remite al duelo que instaura la castración. No solo se realizará un duelo por el difunto, por el desaparecido, sino también por ese vacío que imprime la castración. Vacío que se manifiesta en aquello que faltamos para representar la falta de quien murió. Precisamente por eso, no se trataría de una falta. Sino del carácter imposible de su representación, que introduce un tipo de falta diferente de aquella que podría colmarse.

Dicho de otra manera, se podría plantear que los entorpecimientos que acontecen en algunos procesos de duelo, no se circunscriben totalmente a la situación de desaparición en sí. Más bien, remiten a la relación que cada uno de los sujetos tiene con esa falta primera. Es por esto que Freud mencionaba las posibles desviaciones que pueden presentarse cuando la pérdida no logra consagrarse: duelos patológicos, melancolía.

Los desarrollos de Lacan y el posterior análisis de Allouch permiten comprender y asentar la posición, de que en cada situación de la vida se pone en juego un duelo por lo que uno pierde con aquello perdido, más que en el objeto mismo. La función del duelo es lo que habilita el pasaje hacia un nuevo ordenamiento. En definitiva, la pérdida pone en evidencia

cómo cada uno se sostiene en el deseo. La muerte de un ser amado ocasiona la caída de los semblantes, un desmantelamiento de aquello que uno inventaba como causa del deseo del Otro. En otras palabras, esa ficción se derrumba, ya no permite dar respuesta a *qué soy para el Otro*, y lo que queda es un vacío. Un vacío que es acompañado por el dolor.

Con respecto al dolor, más allá de las diferencias recaladas en las conceptualizaciones de los autores seleccionados, todos hacen mención a este punto que remite a la etimología de la palabra duelo.

Por qué es tan doloroso el proceso de duelo, se preguntaba Sigmund Freud en sus escritos afirmando la falta de respuestas. David Nasio (1996) tomará sus desarrollos en conjunto con los de Jacques Lacan y responderá que “lo que duele no es separarse sino aferrarse más intensamente que nunca al objeto perdido” (Nasio, 1996, p.199). Se puede ratificar que el dolor aparece no por el desprendimiento, la separación del objeto, sino por la sobreinvestidura. Podemos vislumbrar la manifestación de esta afirmación en las quejas frecuentes de quienes están de duelo, las cuales remiten al intento constante de olvidar, superar esa pérdida lo más rápido posible, lo que da cuenta de la amplia carga de energía psíquica que el objeto aun no encontrándose más sigue demandando. Asimismo, el dolor está emparentado con el narcisismo propio, el otro que se va me devolvía una imagen, me otorgaba un lugar y ahora se lleva con él esa parte mía. Nuevamente lo que Allouch manifestaba como el *trozo de sí*.

Por su parte, Lacan remarcará que “Freud nos hace observar que el sujeto del duelo se enfrenta a una tarea que sería la de consumir una segunda vez la pérdida del objeto amado (Lacan, 2006, p. 362) y aclarará que por su parte

el trabajo del duelo se nos revela, bajo una luz al mismo tiempo idéntica y contraria, como un trabajo destinado a mantener y sostener todos esos vínculos de detalle, en efecto, con el fin de restaurar el vínculo con el verdadero objeto de la relación, el objeto enmascarado, el objeto *a* (Lacan, 2006, p. 362)

En otras palabras, el duelo permitiría darle estatuto de perdido a lo que nunca existió. La culminación del proceso se dará en la medida que pueda reestructurarse el fantasma del

11

sujeto, lo cual implica que el objeto amado sea separado finalmente del lugar de *a*. Agregando, a su vez, que

el problema del duelo es el mantenimiento, en el nivel escópico, de los vínculos por los que el deseo está suspendido, no del objeto *a*, sino del *i(a)*, por el que todo amor está narcisistamente estructurado. (Lacan, 2006, p. 362).

Por consiguiente, se manifiesta la imposibilidad de separar el objeto de su imagen, en tanto el sujeto no sólo atraviesa una pérdida real sino también una imaginaria. La muerte instala la ausencia, haciendo desaparecer el soporte imaginario, es por esto que la subjetividad se halla trastocada tras la pérdida de un ser querido. Así, para no quedar anclado en esa imagen que el otro devolvía como el soporte de la falta, se inicia un trabajo que remueve todas las identificaciones del *yo*, para obtener como desenlace, el nacimiento de una nueva posición subjetiva.

Por lo especificado anteriormente, Lacan en el seminario *La ética del psicoanálisis* (1959) establecerá al dolor como “un campo que, en el orden de la existencia, se abre

precisamente en el límite en que el ser no tiene posibilidad de moverse” (Lacan, 1986,p. 78). El dolor aparece como un estallido ante la imposibilidad de la separación del objeto. Ante la muerte de alguien importante, hay un intento de seguir sosteniendo la ilusión acerca del lugar que se ocupaba, en relación a su falta. La inmovilización se manifiesta en tanto el sujeto se encuentra sumergido en dicha ilusión: yo era quien completaba su falta/el otro completaba la mía. De allí que una frase reiterada en los dolientes sea el *me haces falta*. Precisamente en los testimonios de las Abuelas aparece con frecuencia la mención al dolor que les ocasionaba el ser madres y no poder haber hecho nada por sus hijos, es decir, no poder responder a esa falta, a su función en esa relación.

En síntesis, subjetivizar una pérdida implica no quedarse anclado en las consecuencias imaginarias que desata la muerte de un ser amado, lo contrario a objetalizarse. En otras palabras, no permanecer atrapado en esa relación que ya no puede satisfacerse. Esto conlleva a habitar el dolor de lo que se hace evidente, lo que planteó Lacan, la falta que el sujeto representó para el difunto. Así, se le adjudica como tarea pendiente al duelo, volver a restablecer la relación con aquello que resulta irremplazable.

En relación al asunto planteado en este desarrollo, la imposibilidad de efectuar un duelo en condiciones “normales” género diversos movimientos sociales que reclamaban y reclaman aún, que no se olvide lo acontecido, que se busque la verdad y se haga justicia. El estatuto de desaparecido conlleva ese peso que insiste en ser reconocido en la memoria, para que el crimen sea afirmado como tal y no olvidado.

Por más que se le confiera al duelo particularidades excepcionales, ausencia de cuerpo y ceremoniales, su tarea principal será la movilización deseante, la separación del objeto del lugar de *a*. Dicha pérdida solo se consagrará si se sacrifica esa parte de sí. Esto es lo que habilita a cada uno de los sujetos implicados a construir otros escenarios por fuera de lo que ya no se encuentra en su realidad, con otros significantes que reconfiguren una nueva versión. Teniendo en cuenta siempre que sólo podrá bordearse ese ahugero producido en lo real, quedando presente una cuota de dolor.

LA AUSENCIA DE CUERPO Y RITOS. HABITANDO LA INCERTIDUMBRE

Nunca lo encontré y nunca conocí a nadie que pudiera decirme dónde estaba. La razón me dice que está muerto, pero tampoco puedo estar segura.

No hay testimonios que apoyen ni la más infundada de las suposiciones y, hasta tanto encuentre alguna prueba, prefiero mantenerme abierta a todo.

Sin información no hay lugar para la esperanza ni para la desesperación; lo mejor que uno puede hacer es dudar y, bajo estas circunstancias, la duda es una verdadera bendición.

Paul Auster, *El país de las últimas cosas*.

Los ritos refieren a costumbres que se realizan ante acontecimientos considerados importantes en cada cultura. Consisten en actos simbólicos que se sostienen en mitos. En

este capítulo se hablará precisamente de aquellos que acompañan a la muerte de un ser querido, los ritos funerarios. Tal como se mencionaba en la introducción, lo primero que se vislumbra ante una desaparición es la imposibilidad de llevar a cabo los ritos convencionales. No hay localización de los cuerpos, ni tampoco se sabe qué es lo que sucedió. En este sentido, el desarrollo se centrará en una indagación acerca de la importancia de los ritos, su finalidad y las posibles consecuencias con respecto a su ausencia, en el proceso de un duelo. Asimismo, se tendrá en cuenta la pregunta en relación al estatuto del cuerpo y su lugar en estas invenciones.

Primeramente, se puede plantear que la muerte siempre ha sido y será un tema inquietante para el hombre. En el capítulo anterior, se manifestó que no se tiene acceso a una representación de la muerte propia, sino que la misma solo se presentifica con la ausencia del semejante. En otras palabras, es la muerte del otro la que funciona como espejo, en donde se refleja la finitud de la vida.

Sigmund Freud teorizó acerca de la actitud del hombre hacia la muerte, mencionando las diferentes posturas que se han ido adquiriendo a lo largo del tiempo. En otras palabras, analizó las distintas circunstancias que llevaron al hombre primitivo a cambiar su posición de matar por matar, considerándose inmortal, hasta el surgimiento de la prohibición que recae sobre el asesinato del semejante.

El autor estableció que fue la confrontación con la muerte de un ser amado y los sentimientos contrapuestos que se ponían en juego, lo que permitió el surgimiento de dicha prohibición. La muerte, que hasta entonces había sido negada como desenlace propio de la vida, empezó a ser admitida. Así “el hombre ya no pudo mantener lejos de sí a la muerte, pues la había probado en el dolor por el difunto” (Freud, 1984, c, p.295)

Freud manifiesta que el hombre

Frente al cadáver de la persona amada, inventó los espíritus, y su conciencia de culpa por la satisfacción entreverada con el duelo hizo que estos espíritus recién creados se convirtieran en demonios malignos que había que temer. Las alteraciones [físicas] del muerto le sugirieron la descomposición del individuo en un cuerpo y un alma (Freud, 1984, c, p.295)

De esta manera nace el tabú hacia la muerte y los difuntos, lo cual conlleva una prohibición social-cultural que impone tener ciertos resguardos y no hacer mención a dicho tema. Esta idea ya había sido profundizada en el escrito *Tótem y tabú (1913)*, donde Freud examinó diversas culturas que sostenían particulares ceremoniales hacia la figura de un tótem. Esta última poseía una connotación sagrada. Si no se respetaban los ceremoniales correspondientes, se corría el peligro de ser castigado.

Para explicar esa posibilidad de ser castigado, en la cual se sostienen todos los temas tabús, el autor aborda el mito del *asesinato del padre de la horda*. En el mito se especifica que son los hermanos quienes matan al padre, en tanto lo odian por su posición privadora de los placeres. Luego de cometer el asesinato, se percatan del amor que también sentían por él, el cual nacía de la admiración por el lugar que ocupaba. En este aspecto, deciden comerlo e incorporar una parte de él a sí mismos. Así se incorpora la ley, la interdicción que imponía el padre no es anulada sino reforzada, “lo que antes él había impedido con su existencia, ellos mismos se lo prohibieron ahora en la situación psíquica de la «obediencia de efecto retardado» (Freud, 1986, p.145). Ningún hermano ocupará su lugar, sino que lo hará un tótem, al cual le rendirán culto.

Esta invención ficticia señala el inicio de la sociedad y la cultura. En ella se manifiesta cómo la realización del ceremonial permitió elaborar y tramitar la culpa, asimismo dar un sentido a la ambivalencia de sentimientos que se presentaban.

En efecto, puede plantearse que la invención de los ritos surge ante la necesidad de emplear un pasaje de la persona amada hacia la muerte, en tanto “el perdurable recuerdo del difunto fue la base para que se supusieran otras formas de existencia; le dio la idea de una pervivencia después de la muerte aparente” (Freud, 1984, c, p.295). Como los sentimientos de odio resultan reprimidos, al despertarse generan culpabilidad en los deudos. Si con el muerto quedaron asuntos pendientes, se sostiene en el imaginario que puede regresar y vengarse. De allí se desprende la actitud de respeto ante la muerte de alguien, que hace que se supriman los aspectos negativos que había adquirido durante su vida y se prioricen los positivos.

Cabe resaltar que son las religiones quienes instalan en la cultura la idea del más allá, desestimando el lugar de la muerte como canceladora de la vida. A partir de esto, se potencian las ideas acerca de la reencarnación, los espíritus, ancestros, etc. Una vez muerto el cuerpo, el alma debe migrar hacia el cielo para poder descansar en paz o continuar su vida en otro terreno. En Occidente mediante el velatorio, la misa, el entierro o distintas festividades, se logra tramitar correctamente ese pasaje. De esta forma, se posibilita el adiós en común acuerdo y se protege de posibles maleficios contra los vivos. El difunto, en el imaginario de todos, ahora goza de bienestar, lo que otorga tranquilidad a sus allegados.

En definitiva, tal como lo plantea Lacan “el rito introduce una mediación con respecto al abismo que el duelo crea” (Lacan, 2014, p.376). Los ritos en la cultura representan la forma de inscribir a un ser querido en otro orden simbólico. Posibilitan el paso de un cuerpo muerto al recuerdo perdurable de quien fue esa persona, inaugurando un lugar para la memoria del difunto, en el mundo de los vivos.

Siguiendo este desarrollo y retomando lo planteado en el capítulo anterior, se puede establecer que la realización de los ceremoniales ayuda a asentar la separación definitiva del objeto (en el plano imaginario). Cada sociedad le adjudica un lugar a sus muertos, lo cual implica no eliminarlos. Esto facilita la realización del duelo e imprime como consecuencias otro tipo de relación con quien se ha ido. El difunto no desaparece, sino que obtiene un nuevo estatuto. Más allá de su desaparición física, hay una localización de sus restos, un sitio donde los dolientes pueden ir a recordar, llorar, hablar, sentirse más cerca. La muerte es reconocida como parte de la vida

En otras palabras, los ritos contribuyen a habilitar un cambio en la posición subjetiva. Es por esto que resultan un complemento necesario en el desarrollo de un proceso de duelo. En los mismos se ponen en escena elementos simbólicos e imaginarios que no logran colmar lo real, pero sí permiten localizarlo. Cada uno de los allegados necesitan y requieren cerrar las deudas pendientes con el muerto, venerar su memoria. Mediante la ejecución del ceremonial, cada familiar ocupa un lugar, es reconocido como tal y por lo tanto acompañado en ese proceso doloroso, por otros cercanos. Así, se ponen en juego los lazos colectivos y el

cuerpo muerto adquiere un valor social, es honrado, recordado y despedido. Humanizado. No es simplemente descartado.

Esto último remite a pensar en el lugar adjudicado al cuerpo del difunto en las prácticas funerarias. Se entrevé que en todos los rituales de Occidente, el cuerpo del muerto asume un lugar central. Demarcando la evidencia y confirmación de la muerte. Según las creencias que se sostengan, será quemado, enterrado u arrojado, no sin antes haber

recibido reverencias. Se vislumbra que el objetivo es asegurar su completa desaparición del mundo de los vivos, para asentar su localización en el terreno de los muertos.

En relación al interrogante sobre el estatuto del cuerpo, podría plantearse que desde un plano real, el mismo recibiría una concepción de desecho. O bien, desde el registro imaginario, como una imagen unitaria. Siguiendo una perspectiva psicoanalítica, puede establecerse que ningún sujeto cuenta al nacer con un cuerpo en sentido estricto, sino con un organismo. Dicho organismo obtendrá el estatuto de cuerpo en la medida que sea erogenizado por un Otro, mediante la voz, la mirada, las caricias, la adjudicación de un nombre que lo represente y diferencie de los demás. Como ya se mencionó, en los ceremoniales se busca satisfacer la memoria del muerto, honrar un nombre en particular. Cada sociedad rendirá un determinado culto y respeto a quienes fueron en vida sus ciudadanos.

En este sentido, se afirma que la presencia del cuerpo muerto o su puesta en escena, cumple un papel importante en la ejecución del rito, en tanto hace que la muerte sea circunscrita a algo físico. Manifestándose como certeza. De esta manera, se puede establecer que la ausencia de cuerpo afectará notablemente la realización de los ritos convencionales, generando consecuencias psíquicas en los dolientes.

Esta última idea puede vislumbrarse en la obra de Shakespeare, que Lacan retoma para analizar en su seminario. Allí se especifica una escena donde Hamlet asesina al padre de su amada Ofelia y oculta su cuerpo. El cadáver es arrastrado, escondido, burlado y es ese trato indiferente lo que hace enloquecer a Ofelia. Lo que resulta atormentador es que el cuerpo pierde su humanidad y pasa a recibir un trato semejante al de cualquier otro objeto inanimado. Le es arrebatada su dignidad.

La idea anterior también es sostenida por Giorgio Agamben, quien planteaba que en los campos de concentración de Auschwitz no se moría, sino que se producían cadáveres. Los cuerpos muertos eran despojados de su identidad previa, caían en el anonimato. La muerte que forma parte de la vida, ya que representa su fin, era allí deshumanizada. Esos cuerpos se convertían en algo descartable. Sin nombres, quedaban en el olvido.

En suma, mediante la ejecución de los genocidios se produjeron muertos insepultos, desterrándose la concepción de muerte misma. Podría considerarse que la búsqueda constante de los restos, movimiento que iniciaron las Abuelas de Plaza de Mayo, se sostiene en la finalidad de dar cuenta de las evidencias físicas del crimen acontecido. Pero también, se trata de la búsqueda de un hallazgo que posibilitará una humana sepultura, en conjunto con los ritos correspondientes. Es decir, la lucha también se circunscribe a poner en juego un tratamiento ético del cuerpo. Cuerpo que perteneció a aquel ser amado.

Esto último lleva a remarcar lo que Lacan enunció: "si, para con el muerto, aquel que acaba de desaparecer, no se han llevado a cabo los denominados *ritos*, surgen pues apariciones singulares" (Lacan, 2014, p.372). El cuerpo del muerto, al cual no pudo otorgársele su nuevo estatuto, está siempre en el vaivén entre la vida y la muerte. Frente a las desapariciones, la susceptibilidad de un posible retorno se manifiesta con más intensidad. Quién desapareció, no posee una localización temporal, ni espacial. Se encuentra eternamente oculto y a la vez, aparece constantemente en los tormentosos pensamientos, en todos los sitios de la vida cotidiana. Esa imagen unitaria que constituía su cuerpo, se despliega en multitudes. Precisamente, el significante *desaparecido* carga con ese peso: ni vivo, ni muerto. La incertidumbre es la que reina. Incertidumbre acerca de la

localización del ser querido, como también de lo que realmente le sucedió. Lo primero que aparece es que no se puede comprobar que está muerto, aunque sí se lo puede imaginar,

pero... ¿si está vivo?

Los testimonios de familiares confirman que durante los primeros años de dictadura, cuando se rompe el silencio atroz y comienza a tenerse noticias acerca de los centros clandestinos, se sostenía la idea de que sus seres queridos pudieran deambular perdidos. Producto del shock. Con el paso del tiempo esa idea se fue desvaneciendo, la muerte comenzaba a hacerse cada vez más presente, pero en el imaginario social. Cada uno en su individualidad seguía sosteniendo la esperanza.

Luego, con los testimonios, los informes, las exhumaciones de los cadáveres hallados, la categoría *desaparecidos* empezó a adquirir otra connotación. Se fue transformando en una figura de acción social y política, que remite tanto a un reclamo centrado en el conocimiento de lo que sucedió, como también a la realización de condenas hacia los culpables. Incluyendo la propagación de la memoria y el homenaje a las víctimas. Se convierte en un movimiento que pugna por seguir manteniendo la nominación *desaparecidos* hasta que no aparezcan los cuerpos de todos y todas; y los responsables de los hechos. En cada lucha se manifiesta lo que el otro (desaparecido) representaba para cada uno de sus familiares, la condición fundamental de todo proceso de duelo.

A esta altura del desarrollo, podría afirmarse que la presencia del cuerpo no es una condición imprescindible para la iniciación de un duelo, sin embargo, resulta importante para el psiquismo el límite y el corte a la incertidumbre que otorga ese hallazgo. El encuentro con los restos otorgaría tranquilidad, puesto que derrumbaría la perplejidad y permitiría acceder a una verdad. Esa verdad es la que reafirma la lucha por la justicia.

En definitiva, si no existe una constatación de la muerte y no hay ritual que localice un lugar, una fecha, el duelo que atraviesa cada uno de los dolientes se dificulta. El duelo implica perder el objeto y al no mediar los ritos, el sujeto corre el riesgo de quedarse atrapado en esa relación dual imaginaria con el objeto. La incertidumbre inunda cada uno de los espacios, haciendo que los tiempos puedan prolongarse. En este punto es que los rituales son necesarios e importantes, en tanto establecen un corte y remarcan que algo deja de ser lo que era. Por esto los familiares han inventado otros dispositivos fuera de lo convencional, para suplir ese entramado simbólico faltante. Espacios de memoria, ceremonias realizadas en lugares que los desaparecidos solían frecuentar, realización de placas con sus nombres.

Ante la ausencia de los cuerpos y de su correspondiente sepultura o cremación, se inaugura la necesidad de reinventar nuevas estrategias para recordarlos. Inaugurar nuevos soportes de la memoria. Precisamente, de esa falta de ceremoniales, nacieron manifestaciones políticas-artísticas como el *siluetazo* que buscaba representar la ausencia y a la vez la presencia de los cuerpos que no estaban. El cuerpo ausente adquiriría una presencia colectiva. También, a falta de cementerios donde ir a recordar, se creó el parque de la memoria, sitio donde los familiares podían dar lugar a su dolor. Monumento que se encuentra localizado frente al Río de la Plata donde se realizaban los *vuelos de la muerte*. Ese acontecimiento atroz resulta resignificado, siendo hoy en día una costumbre arraigada, arrojar flores al río, para honrar el recuerdo de esas vidas perdidas.

Estas invenciones que suplen los ritos habituales, tienden a marcar y tejer un pasaje hacia otro ordenamiento. Dan cuenta de que la puesta en juego del cuerpo es fundamental, pero no imprescindible. Lo que se puede vislumbrar en los testimonios, es la invención que se lleva a cabo en cada situación particular, seleccionando días específicos para honrar la memoria de quien ha desaparecido, pedir por la aparición de sus restos y luchar por la revelación de la verdad. La realización del ceremonial resulta necesaria para demarcar que la vida ya no puede seguir siendo la misma, es preciso moverse para recuperar aquello que intento ser ocultado, la veracidad de los hechos.

En conclusión, al igual que Antígona, los familiares arriesgaron su propia vida para poder otorgarle un entierro a sus muertos. Como en la tragedia de Sófocles, la acción era políticamente incorrecta. Las Madres frente a toda ley que prohibía, se manifestaron para dar con el paradero de sus hijas e hijos. Madres que frente al discurso manifestado desde el poder <ni muerto, ni vivo, desaparecido> hacen surgir el imperativo de lucha por la memoria, verdad y justicia. Frente a ese poder que ordenaba la supresión de la memoria, nace la lucha desde el dolor y la necesidad de saber que pasó y dónde están aquellos seres queridos. Batalla que se dirigió y aún dirige a cicatrizar una parte de esa herida abierta.

CONCLUSIÓN

17

*están en algún sitio / nube o tumba
están en algún sitio / estoy seguro
allá en el sur del alma
es posible que hayan extraviado la brújula
y hoy vaguen preguntando preguntando
dónde carajo queda el buen amor
porque vienen del odio*

El presente ensayo comenzó sembrando el interrogante acerca de la posibilidad (o imposibilidad) de realización de un duelo frente a las condiciones que la desaparición imprime. Desde una perspectiva psicoanalítica, se ha intentado ir dando luz a las preguntas iniciales que incentivaron el desarrollo y la curiosidad por el tema.

En un capítulo primero, se abordaron cuestiones relativas al duelo. Siguiendo los lineamientos de Sigmund Freud, inteligimos al duelo como un proceso de deslibidinización que implica la separación del objeto, un proceso necesario para que el doliente pueda seguir con otros propósitos en su vida. Se tomó la crítica de Jean Allouch como fundamental, en tanto manifiesta su desacuerdo con respecto al lugar otorgado a la realidad en la versión de *Duelo y Melancolía*. Crítica imprescindible que alumbró la posibilidad de un duelo ante desapariciones, ya que la realidad siempre es puesta en duda. Lo que lleva a establecer que aun existiendo o no evidencias físicas de la muerte, el proceso puede llevarse a cabo.

No obstante, es necesario remarcar que la versión que instala Freud no resulta completamente descartada, sino solo la parte relativa a la realidad. Más adelante, en *El yo y el ello*, el autor teoriza la identificación que sobreviene luego de una pérdida. Esto implicó pensar esos rasgos que los familiares de desaparecidos tomaron para constituir su identidad. Identidad que conserva la relación anterior, pero la transforma y los modifica a cada uno de ellos.

Por otro lado, los aportes de Jacques Lacan también resultaron fundamentales para el análisis de la pregunta inicial. El duelo recibe la connotación de función, que ejecuta una modificación en la relación con el objeto. A su vez, los desarrollos del autor marcaron que todas las pérdidas remiten a la pérdida inicial que insta la castración. Perder el lugar de ser lo que completa al Otro, conlleva a constituirse como sujetos deseantes. Esto remite a inventar ficciones para sostenerse en ese deseo, en otras palabras, invenciones que hagan velo a la falta estructural. Por tanto, teniendo en cuenta estas ficciones, se concibe que frente a la desaparición la presencia del objeto no sería una condición indispensable para la realización de un duelo. Más bien, lo necesario es que cada doliente acepte perder lo que se pierde de ellos con el desaparecido. Que se pueda realizar lo que Allouch manifestó como un acto, un cambio en la posición subjetiva. Si el duelo logra realizarse, el deseo obtendrá una transformación, ya no será el mismo que antes. El objeto será finalmente separado del lugar de *a*, reconfigurándose la escena fantasmática.

De las grandes pérdidas que marcaron un antes y un después en la historia, por su matiz sangriento, surgieron organismos de Derechos Humanos que pugnan por impedir un resurgimiento de esos crímenes. En Argentina, fueron precisamente los familiares quienes se organizaron y salieron a pedir justicia, que se los escuche y se les dé una respuesta. Tras esa ausencia de certezas, aflora un movimiento distinto, que a la larga, hace surgir instituciones que faltaron en su momento. Movimiento que cambia a cada uno de los implicados, como también a todos los que sin estar implicados directamente se identifican con esa lucha. Hay duelo precisamente por eso, porque el duelo instituye un tiempo presente. Presente para la memoria.

En un segundo momento, a partir del análisis de las ausencias que acompañan a un duelo frente a las desapariciones y su importancia, hemos visto que los ritos se erigen en la cultura para hacer soportable la muerte, acompañando a los dolientes en ese proceso de despedida. Se realizan para tramitar la angustia, la tristeza, ese movimiento que no puede

hacerse, instalado por el dolor de perder a un ser querido. La participación en los ceremoniales instala la certeza de que ese familiar se ha ido y no regresará. Con la ejecución de los mismos se le otorga otro estatuto al difunto y se asienta la separación en el plano imaginario, haciendo que la función del duelo pueda realizarse mediante la confirmación de la muerte.

Frente al tema que nos concierne, esa posibilidad le ha sido arrebatada a los deudos, lo que hace que el proceso de cada uno se complique. Pero si bien la posibilidad de un rito convencional fue quitada, eso no impidió que pudieran reinventarse, mediante otros simbolismos, sin la presencia del cuerpo. Esa capacidad de reinención acompaña el dolor de cada uno y permite la mantención del recuerdo, enfrentando el olvido que se intentó instalar.

Asimismo, con respecto a la pregunta por el estatuto del cuerpo, se aclararon definiciones desde los distintos registros. Lo que resulta importante es señalar que el cuerpo solo es cuerpo cuando es erogenizado por un Otro. Con la recepción de un nombre, se demarca un cuerpo como particular y diferente a los otros, condición honrada en los ritos. Por eso es importante localizar los restos, tener una verdad de los hechos, saber a dónde dirigirse para sentirse más cerca. En definitiva, lo primordial es que el cuerpo pueda recibir un trato basado en la ética y el respeto, por el lugar libidinal que ocupó y seguirá ocupando, en otro plano, en sus seres queridos.

Por todo esto es que puede afirmarse la posibilidad de realización de un duelo frente a desapariciones, y la oportunidad de realización de un rito sin la presencia de un cuerpo. En efecto, como ya se mencionó, lo que puede dificultar un proceso de duelo es la relación que cada uno tiene con respecto a la pérdida, no la situación de desaparición. De allí el señalamiento de que un posible desenlace sean los duelos caratulados como patológicos por Freud o la melancolía, que señala que la separación del objeto no puede realizarse. Lo cual implica que el sujeto se pierda junto al objeto.

Sin embargo, es preciso señalar y aclarar que las condiciones excepcionales de una desaparición generaron y generan marcas difíciles de llevar en cada familiar, potenciando el dolor por la carga de incertidumbre que acompaña. La búsqueda de los cuerpos, movimiento vigente actualmente, va más allá de la idea de que con ellos va a poder iniciarse un proceso de duelo. Más bien está destinada a poder dar un estatuto de veracidad a los hechos, que tantos años han querido ser borrados de la memoria colectiva. Se busca desterrar la idea instalada acerca de que los desaparecidos no están en ningún lugar y por tanto no tienen entidad. Quebrantar esa lógica manifiesta: si no hay cuerpos, no hay crimen.

En otras palabras, la lucha sigue porque es preciso poner un corte a esa incertidumbre y acceder a una certeza. Pero también continua por la justicia, para que en el crimen perpetrado se reconozca a sus culpables. Que no quede impune y la historia no vuelva a repetirse. De allí la importancia de mantener siempre vigente el imperativo por la memoria, verdad y justicia.

- Agamben, G (2000) *Lo que queda de Auschwitz*. Valencia: Pre-textos. • Allouch, J (2011) *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires: El cuenco de plata. 1° Ed.
- Freud, S (1984a) *La transitoriedad*. Buenos Aires. Amorrortu. 2° Ed. • Freud, S (1984b) *Duelo y Melancolía*. Buenos Aires. Amorrortu. 2° Ed. • Freud, S (1984c) *De guerra y muerte. Temas de Actualidad*. Buenos Aires: Amorrortu. 2° Ed.
- Freud, S (1984d) *El yo y el ello*. Buenos Aires: Amorrortu. 2° Ed.
- Freud, S (1984e) *Psicología de las masas*. Buenos Aires: Amorrortu 2° Ed. • Freud, S (1986) *Tótem y tabú*. Buenos Aires: Amorrortu. 2° Ed.
- Lacan, J (1986) *Seminario VII: La ética del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós. 1° Ed.
- Lacan, J (2006) *Seminario X: La angustia*. Buenos Aires: Paidós. 1° Ed. • Lacan, J (2014) *Seminario VI: El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós. 1° Ed.
- Nasio, D (1996) *El libro del dolor y del amor*. Barcelona: Editorial Gedisa. • Panizo, L (2012). *Ausencia y desaparición: el caso de los desaparecidos de la última dictadura militar en Argentina*. *Argos*, 29(57), 94-125. Recuperado en 17 de marzo de 2021, de: http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S025416372012000200006&lng=es&tlng=es.